

PARA OPINION, XAVIER CAMPRECIOS, !URGENTE! Que me llame y me envie un motorista para recojer un dibujo de Alberti y una foto.

RECUERDO DE RAFAEL ALBERTI José Agustín Goytisolo

En mi adolescencia, yo había leído sus primeros y primorosos libros de canciones, que sabían al cancionero y a Gil Vicente: La amante, El alba del alhelí y su inicial y exitoso Marinero en tierra: eran poemas breves, frescos, sorpresivos que, junto a los poemillas del mejor Juan Ramón Jiménez y las canciones andaluzas de Federico García Lorca, apartaban a la poesía española de los años veinte de este siglo que termina de los últimos oropeles de un modernismo ya gastado.

Había leído también su posterior e inmediata faceta surrealista, con pinceladas neo-simbolistas, formada por dos bellos libros: Sermones y moradas y el espléndido y sorpresivo Sobre los ángeles. Y Rafael Alberti, escritor de muy variados y amplios registros, saltó, en los primeros años treinta, a la poesía satírica y política, siempre del lado republicano y antifascista: Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos, Con los zapatos puestos tengo que morir, y también el marxista Un fantasma recorre Europa y Capital de la gloria; estos dos últimos títulos se publicaron, juntos y ampliados, en un solo volumen titulado De un momento a otro. Este era el Alberti que pude leer hasta finalizar la década de los años cuarenta.

El corte, el silencio, la censura imperante en la postguerra, se hicieron patentes en la biblioteca familiar, reducto que fui completando como pude huroneando en las librerías de viejo de la calle Aribau, en Barcelona, en las que hallé otros libros de sus

compañeros de la llamada Generación del 27 o del Homenaje a Góngora: Federico García Lorca, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso... A casi todos ellos tuve, mucho más tarde, ocasión de tratarlos personalmente, excepción hecha del asesinado García Lorca y de Pedro Salinas, que murió en el exilio.

Vuelvo a Rafael Alberti. Desde los libros suyos que he reseñado antes, me costó mucho hacerme con sus libros publicados en el exilio, en Argentina; pero mi estancia en una residencia de estudiantes iberoamericanos, en Madrid, posibilitó que a partir del año 1949, pudiera yo pedir a algunos compañeros que reclamasen a sus familias el envío de los libros de los exiliados de la Generación del 27. De Alberti me llegaron Entre el clavel y la espada, el delicioso catálogo poético A la pintura, Ora marítima, Canciones y baladas del Paraná...

Así fui completando mi conocimiento de la obra de Alberti cuando un día, ya en los sesenta, casado yo, padre de Julia, con Asunción Carandell, y habiendo publicado mis tres primeros libros, recibí, en Barcelona, una preciosa carta llena de dibujos que decía: "José Agustín Goytisolo: en París, con tu hermano Juan, hablé mucho de ti. Y le dije cuánto me había gustado El Retorno, impresionado, más que gustado). Te pido ahora perdón por no haberte escrito entonces. (Yo escribo pocas cartas y quedo mal con todo el mundo: con Castellet, por ejemplo, cuyos Veinte años de poesía... me pareció magistral.). Amigo José Agustín: quiero felicitarte, entre estas rayas de colores, por tus Años decisivos, por tu valiente voz, precisa, temblorosa. ... Yo también busco la Claridad.

Recibe un gran abrazo, Rafael Alberti." Fechada en Buenos Aires
abril 1962.

Respondí a su carta, y al poco recibí otra, fechada en Buenos Aires todavía, en la que me anunciaba que iba a instalarse en Italia con María Teresa León y con Aitana, la hija de ambos. Así que supe su dirección, fui a visitarles. Vivían en la vía Monserrato, en Roma, en la planta de un palacete barroco, no lejos del Vaticano. Casi no me dejó hablar: preguntaba por la situación política española, por la oposición interna al franquismo, por los nuevos poetas españoles... Reía cuando afirmaba que él iba a durar más que la dictadura, y que volvería a España. "Soy longevo", vaticinó.

En los años siguientes volví a verle, siempre en Roma. Ahora vivía en una luminosa casa en el Trastévere: sus muros estaban llenos de pinturas, fotografías, dibujos, cartas... Me regaló un bonito ejemplar de los Sonetos romanescos, de Giuseppe Goacchino Belli, en el dialecto que dos siglos más tarde iba a emplear Pier Paolo Pasolini en los diálogos de Accatone y Mamma Roma, un "romanesco" puesto al día, pero con frescura clásica.

A los dos años de muerto el dictador, Alberti regresó a España en olor de multitudes, y se instaló en Madrid, en un piso altísimo del edificio que está en la calle Princesa esquina a la Plaza de España. Allí fue cuando me dijo que quería ir a Granada a fin de enmendar el estribillo de un poema suyo dedicado a Federico García Lorca: Nunca fui a Granada... Un numeroso grupo de amigas y amigos le acompañamos. En la Huerta de San Vicente, casa de los Lorca, hoy casi tragada por el crecimiento de la ciudad, fue mi-

rando los manuscritos, dibujos y cartas que pertenecieron a su amigo, y tropezó con un dibujo dedicado a Lorca. "Anda, este dibujo se lo envié yo: fíjáros en la fecha: 1929 ! Cómo pasa el tiempo! Ya no sé ni en qué año estamos. Me acuerdo de los nombres, de mis poemas y los de otra gente, que me gustan, pero olvido siempre las fechas y, a veces, los lugares."

Después quiso que le acompañáramos camino de Víznar, en el recodo de la Fuente Grande. En la parte alta de la carretera, una horrible urbanización de chaletitos cubre una vaguada en la que Federico García Lorca fue asesinado y enterrado. Junto a su cuerpo, bajo la urbanización de oprobio, yacen los cadáveres de más de cinco mil granadinos asesinados en 1936.

Cualquier lugar es bueno para morir, pensé, y también para que te entierren. De regreso a Granada, y como para desmentir lo que yo había pensado, dijo: "A mí me gustaría morir donde naci, en el Puerto de Santa María, y con gente a la que amo, para poder mirar el paisaje, escuchar el mar y sentir una mano de mujer acariciándome. Pero no tengo prisa: me gusta vivir, beber, amar, escribir, dibujar, charlar con los amigos..." Esto ocurría hace ahora veinte años.